

GUERRA ESCOLAR

El espectáculo político del país entristece a cualquier hombre de la calle. Cada día que pasa vemos disminuido nuestro nivel de vida, sentimos cada vez mayor inquietud por el porvenir, ante los sucesos que pasan nos hacemos un verdadero lío mental y empezamos a dudar del significado de las palabras más corrientes del vocabulario político, como son democracia, libertad, ideología o justicia.

Para poder vivir con menos zozobra, nuestros mecanismos psicológicos de defensa crean en nosotros, equivocadamente, una piel de elefante para hacernos más inmunes al desconcierto que se vive.

Para darse cuenta de lo que digo, basta hablar con cualquier taxista, o con un empleado cualquiera que no sabe si mañana se va a hundir su propia empresa, o con el ama de casa que va a la compra y no le llega su dinero por más combinaciones ingeniosas que hace.

Ese pueblo formado de hombres sencillos y de buena fe cree ver soluciones, pero éstas quedan siempre pospuestas "ad calendas graecas"; o bien se enfoca todo parcialmente y sin la necesaria perspectiva porque interesa más el privilegio del grupo que aquello que sacaría al pueblo español de este atasco. La sensación que produce todo esto es que siempre resulta nuestro pueblo el gran olvidado y el gran silencioso, lo mismo ayer que hoy.

De vez en cuando se remueve una tormenta que nunca sabemos si lo es, o queda más bien en el pequeño espacio de un vaso de agua. Y una de estas batallas, que no sabemos a lo que conducirá, es ahora la escolar. La nueva Ley de Centros Escolares ha resultado algo así como un gigantesco pulpo que nos envuelve a los ciudadanos con sus viscosos brazos, que nos impiden actuar y juzgar libremente sobre el problema planteado. Unas veces se apela a la libertad, otras a la economía general del país, y no faltan quienes hacen bandera de los sentimientos religiosos de muchos padres para llevar cada uno el agua a su molino.

Los ciudadanos creímos que íbamos a acceder a una época de libertad y que —para alcanzarla— nuestros líderes de la incipiente democracia iban a saber ponerse de acuerdo porque los ciudadanos estábamos dispuestos a convivir pacíficamente sin más refriegas violentas que nos enfren-

tasen apasionadamente como si fuéramos enemigos irreconciliables.

Creímos que "democracia" quería decir no sólo respeto a las mayorías, sino también el de las minorías. Y que esta palabra significaba el camino más razonable para alcanzar la libertad tan deseada por todos. Y, por tanto, que se pondrían en juego los mecanismos de esta democracia (prensa, radio, televisión y Parlamento), estableciendo debates clarificadores que hicieran más luz de cara a la nueva estructura política, que garantizaría el ejercicio pacífico de la libertad en todos los órdenes de nuestra vida.

Pero nuestra desilusión es grande porque los grupos de intereses cada vez son más poderosos. Los medios de comunicación social sólo se han dedicado a esgrimir bellas y engañosas frases con demasiada frecuencia. Y nuestras leyes más delicadas —salvo excepciones— obedecen a esos mismos móviles engañosos más que a un cauce eficaz para el ejercicio futuro de esa libertad en la política, la economía, la educación y la cultura.

Creímos de buena fe que aquel famoso dicho del Evangelio, "la verdad os hará libres", sería el lema de nuestra iniciada democracia; pero cada vez somos más los que nos preguntamos: ¿es seguro que la concreta discusión política y parlamentaria que practican nuestros representantes abre alguna decisiva luz que facilite el libre desarrollo humano del porvenir?

Son muchos los problemas que hemos heredado de la dictadura anterior, pero el mejor medio de resolverlos sería aclararlos, desvelarlos valientemente mediante el intercambio leal de opiniones a todos los niveles de la sociedad, por una difusión amplia de la cultura en torno a cualquier tema de los debatidos y el conocimiento de la experiencia de otros países ante esos mismos problemas. Pero nuestros representantes son especialistas en el diálogo de sordos y creen saber más que nadie sin tener que aprender de otros, de modo que la ignorancia y la pasión siguen siendo nuestro clima y la reacción emotiva nuestro más profundo móvil ideológico.

Así es como todo se embrolla y nada se aclara, particularmente en el importante asunto de los Centros Escolares que pretendemos estructurar para el futuro.

Yo, como defensor de la libertad, creo que debemos dar cauces al niño para que ejercite mañana su libertad y se acostumbre a usarla responsablemente. Por eso me parece básico que existan unas reglas de juego mínimas que nos permitan vivir. Fueron las que Lenin llamó: "Reglas elementales de la convivencia" y la vieja Biblia hebrea denominó "los Diez Mandamientos".

Hoy deberíamos pretender ante todo en la escuela esa educación ética básica, que sería el fundamento para nuestra convivencia dentro de las diversas ideologías personales que el niño tuviera en el futuro. Y esto sería para los religiosos y los no religiosos, para los de este partido político o del otro. A mí me parece que esto es lo que pretendieron los defensores de la auténtica escuela laica democrática, que sólo planteaba lo que era común a todos los ciudadanos sin volver a hacer compartimientos estancos en una sociedad pluralista. Del mismo modo que también pretendía lo mismo la escuela neutra, que respetaba todas las opiniones de los padres y de los hijos. Lo malo es que, bajo esos títulos, a veces se hizo una campaña anticatólica o se tuvo una pretensión antirreligiosa, que hoy han quedado totalmente desfasadas, porque los ciudadanos de la calle queremos ante todo convivir, ser tolerantes mutuamente y sentirnos todos iguales sin discriminación alguna.

La religión sería cosa de las familias, de las iglesias y de las asociaciones religiosas, pero en la escuela no debería haber proselitismo confesional, ni tampoco convertir la religión en una asignatura más. Aquel proselitismo de la escuela de hace unos años creó un clima agobiante para el niño, que terminaba frecuentemente en la reacción contraria, o le llevaba a un automatismo religioso completamente contrario a la vitalidad del cristianismo que encontramos en el Evangelio. Sin embargo, la religión podía ser transmitida como un elemento de nuestra cultura, sin más connotación que la cultural.

Y tampoco resulta lógico el derroche de subvenciones escolares o de ayudas familiares, bajo capa de libertad de enseñanza, cuando nuestro país no puede permitirse soluciones para ricos ni para privilegiados. ■